

antepasados y deudos. Si abandonaban este suelo para ocupar otro mas rico ó cediendo á la presión de otras tribus que pugnaban por avanzar, ó si alguno iba á retirarse del mundo para dedicarse en la soledad de alguna selva junto á algun rio sagrado á la vida contemplativa, no lo hacían sin despedirse de sus muertos, celebrando un sacrificio funerario en desagravio de la ofensa de abandonarlos. Esto hizo Drita-rashtra y despues de él, segun veremos, Yudishtira.

Todos los sepelios que se mencionan en el *Mahá-Bhárata* van precedidos de la cremación de los cadáveres, verificada segun ritos al parecer bien determinados, pero que por lo dispendiosa solo era posible tratándose de cadáveres de personas principales; de los demás nada dice el poema (1). La cremación por otra parte nunca debía de ser completa porque los restos del difunto eran sepultados despues. Cuando Yudishtira se dirigió con los suyos á hacer su última visita al moribundo Bhishma, llevaban consigo todo lo necesario para quemar el cadáver del santo con todos los honores debidos á su alta categoría: sándalo y otras materias aromáticas, mantea, incienso y lienzos. Cuando el mas anciano de la familia real de los Kuru hubo expirado, los Pandu, Vidura, Yuyutsu y otros levantaron una gran pira; Yudishtira y Vidura cubrieron el cadáver en su lecho con lienzos y estos con coronas de flores; Yuyutsu, hijo de Dritarashtra y de una artesana (vaisya), sostenia el quitasol; Bhima y Arxuna ahuyentaban las moscas; los dos mellizos sostenían el gran adorno de la cabeza, y las mujeres rodeaban el féretro con palmas haciendo aire. Entretanto celebróse el sacrificio funerario con abundantes ofrendas y despues fué levantado el cadáver y colocado sobre la pira, que fué encendida. Mientras el fuego ardía marcharon alrededor de la pira con paso solemne, de izquierda á derecha, Yudishtira y sus demás deudos y allegados. Celebrado el funeral pasaron todos á orillas del Baghirati, que mas adelante se llama Ganges, para hacer las abluciones (2).

En todo el poema resalta una cosa que justamente excita nuestra admiración, á saber: la indiferencia absoluta con que aquellos aryas y muy particularmente los sabios y los guerreros, sin exceptuar los reyes, miraban la muerte. Sabían, y por otra parte Bhishma y probablemente los demás jefes se lo recordaban antes de entrar en batalla, que la muerte en la lid les conducía á la gloria de Indra, á las moradas donde encontraban á sus antepasados, con los cuales iban á participar de la bienaventuranza eterna. Los héroes de este mundo ocupaban en la otra vida diferentes departamentos, segun la categoría que habían tenido en este mundo. Los héroes mas encumbrados eran admitidos á gozar de la compañía de Indra; otros pasaban á la de Brahma ó á la de semidioses como los gandarvas, y otros á la de los difuntos kurus del Norte ó extremos (utara-kuru ó sea ultra-kurus), rama extinguida entonces del pueblo kuru. Pero todos estos detalles son interpolaciones muy posteriores y representan ideas que en la época heroica no se conocían.

Véase ahora el contenido del libro 17 del *Mahá-Bhárata* que refiere la retirada del mundo y el fin de Yudishtira, de sus hermanos y de su esposa comun.

La relación que al regresar de Dvaraka hizo Arxuna á su hermano Yudishtira de la catástrofe en que habían perecido

(1) Bien que deja traslucir que los cadáveres de los guerreros comunes eran pasto de los animales carnívoros, aves y cuadrúpedos.

(2) También entre los antiguos israelitas se quemaban solamente los cadáveres de los reyes y príncipes, despues se sepultaban los restos y los asistentes ayunaban siete días para purificarse. Así vemos en la Biblia, libro I de Samuel ó de los Reyes, cap. XXXI, versículos 12 y 13, y así lo explica el comentario rabínico antiguo de este pasaje. El pueblo quemó los cadáveres de Saul y de sus hijos y luego sepultó sus huesos al pie de un terebinto en Jabes Galaad.

aquella ciudad y toda su población masculina, indujo á Yudishtira á abdicar la corona y retirarse del mundo. «¡Ya es hora!» exclamaba á menudo, y al fin Bhima y los dos mellizos convinieron en la misma idea. Entonces Yudishtira hizo reconocer rey del gran imperio kuru á Parixito, hijo póstumo de Abhimanyu y de Utará, hija del rey Virata, y nieto de Arxuna; nombró á Yuyutsu, único hijo sobreviviente de Dritarashtra, habido en una mujer vaisya, regente del reino durante la menor edad de Parixito, conservando Vadchra el gobierno de Indraprasta. Kripa, hijo del brahman Gautama, fué elegido maestro y ayo del joven príncipe. Dispuesto ya todo esto, los Pandu celebraron un solemnisimo sacrificio funerario, con grandes ofrendas y ricos regalos para los brahmanes, en honor y desagravio de las almas de los parientes muertos, especialmente de los de la rama yadu, y despues se despojaron con su esposa comun de todas sus galas terrenales, vistieron un cilicio hecho de corteza de árbol, y sin dejarse desviar de su propósito por los lamentos y lágrimas del pueblo, abandonaron en número de siete la capital, á saber: los cinco hermanos, su esposa Draupadi y un perro que al fin resulta ser el mismo Yama, ó sea el juez severo de los hombres en el otro mundo. Todas las mujeres de su respectivo harem, con sus hijos y servidumbre, y los habitantes de Hastinapur les acompañaron hasta muy lejos, pero nadie se atrevió ya á importunarlos para que volvieran á la ciudad. Fué menester al fin separarse de ellos, y sin profanar con una ruidosa despedida los piadosos sentimientos de los augustos penitentes, dejaron de seguirles sin proferir una palabra. Yuyutsu, el nuevo regente, con su séquito, del cual formaba parte Kripa, se detuvo y todos regresaron á la ciudad con las mujeres y el pueblo. De las varias esposas de los Pandu algunas volvieron al seno de sus familias; Ulupí volvió al Ganges, Chitraganda á Manipura, y las otras á Hastinapur para cuidar á Parixito y á sus hijos propios.

Los Pandu y su esposa comun continuaron su camino sin volver la vista atrás, á pié y silenciosos, ocupados únicamente en sus meditaciones piadosas, sufriendo la fatiga, el hambre, la sed y todas las demás molestias físicas, Yudishtira delante, despues Bhima, detrás de éste Arxuna, luego Nakula y Sahadeva, en seguida Draupadi, la mejor de las esposas, y finalmente, y tan silencioso como los demás, el perro fiel. Andando sin cesar dejaron tras sí montes, rios, lagos, países, y llegaron al mar, donde se les presentó Agni reclamando de Arxuna la devolución del arco, regalo de Varuna, que le había prestado para facilitarle el incendio de la selva perjudicial de Khandava. Aquel arco era la única prenda de su pasada grandeza de la cual Arxuna no había tenido fuerza bastante para separarse; pero á la sazón, siguiendo el consejo de sus hermanos, arrojó el arco al mar, y Agni satisfecho desapareció. Desde allí siguieron á lo largo de la costa por el lado Oeste y llegaron cerca del sitio donde el mar cubria la ciudad de Dvaraka. Despues de seguir su peregrinación ora en una dirección, ora en otra, tomaron finalmente la del Norte, llegaron hasta el Meru, monte de oro en el centro del Himalaya, habitado por innumerables divinidades desde la falda hasta la cumbre segun su categoría. A la vista de este monte misterioso Draupadi cayó exánime al suelo, mas los otros peregrinos siguieron su camino sin volver nunca la vista atrás. Poco tiempo despues, cayó para no levantarse mas Sahadeva; y Bhima, que le vio caer, preguntó á Yudishtira la causa de esta segunda muerte repentina, á lo cual su hermano mayor respondió: «Porque se creyó mas sabio que todos.» Mas adelante cayó muerto Nakula, y preguntando Bhima otra vez la causa, le contestó Yudishtira: «Porque se creyó mas hermoso que todos.» Arxuna, dominado por la tristeza, cayó muerto también al poco rato, y á la pregunta

de Bhima respondió el hermano mayor: «Porque despreció á todos los que manejaban arco creyéndoles inferiores á él.» Oyendo estas palabras cayó á su vez Bhima, y queriendo al expirar saber también la causa de su muerte, su hermano le dijo: «Porque has estado orgulloso de tu fuerza y has despreciado á los demás.» Yudishtira sin detenerse continuó su camino seguido únicamente del perro fiel. Entonces resonó súbitamente un gran ruido en el cielo y en la tierra, y se presentó al último de los cinco hermanos Indra en su carro celeste, invitándole á subir en él. Yudishtira, afligido por la muerte de sus hermanos y esposa, dijo que solo con estos quería entrar en el cielo, y cuando el dios le contesta que ya le aguardaban allí, pidió permiso para llevarse también al cielo al perro, su fiel compañero, diciendo que seria cruel é injusto abandonarlo. El dios opuso á esto muchas razones: primero, que consiguiendo él la gloria eterna, no cometía injusticia alguna abandonando al animal despues de haber abandonado también á sus hermanos y á la esposa, muertos en el camino, y segundo, que la llegada de un perro á la mansión de la santidad y perfección sublevaria contra él los espíritus de la ira. Yudishtira, empero, no se dejó convencer y continuó considerando el abandono del perro como una acción infame. Dijo que si había abandonado á sus hermanos y esposa era porque habían muerto, pero abandonar á un animal vivo, expuesto á todos los peligros, era un pecado capital. Entonces Yama dejó la forma de perro y apareció en la suya verdadera, saludando, alabando los sentimientos caritativos del Pandu y diciendo que por esto mismo seria llevado al instante vivo al cielo, privilegio que hasta él ningun mortal había gozado. Así fué; subiendo en el carro de Indra fué llevado allí por éste, Yama, los gemelos Açvin, los Marut, los espíritus de los santos cantores y de otros varones santos. En el cielo todos se apresuraron á enseñar á Yudishtira las magnificencias celestes, pero Yudishtira solo pensaba en los suyos, á quienes en vano buscaba con la vista, ni tuvo oídos para Indra cuando éste le dijo que gozara de las delicias á que sus buenas acciones le habían hecho acreedor y que no se acordara de los afectos que había tenido en la tierra. Todo fué inútil; Yudishtira solo podía ser feliz en compañía de sus hermanos y de su esposa, fuese donde fuese.

Aquí acaba el libro 17 y para concluir la narración haremos seguir á este resumen el del libro 18 y último del *Mahá-Bhárata*, si no contamos el titulado *Hari-vam-sa*, suplemento que expone la vida y milagros de Crishna, añadido al poema en época muy posterior.

El primer personaje á quien vió Yudishtira, apenas hubo entrado en el cielo de Indra, fué Duryodana, rodeado de dioses y de bienaventurados que allí disfrutaban la recompensa de sus actos en la tierra. Al verle sentado en toda la gloria celeste declaró Yudishtira en términos decididos que no queria compartir la gloria eterna con aquel que tan enemigo se le había mostrado en la tierra y que preferia estar en compañía de sus hermanos. Contestóle Narada, el santo compañero de Vyasa, diciendo que en el cielo no había enemistades; que Duryodana estaba allí porque como buen guerrero é hijo de rey había muerto combatiendo por su causa, y que Yudishtira debía olvidar allí el mal que aquel le había hecho á él y á Draupadi en la tierra. El Pandu repuso que si semejante recompensa había tocado á Duryodana, deseaba mas que nunca ver la mansión donde estaban sus hermanos, Kar-na, Drishtadyumna, Abhimanyu, los hijos de Draupadi y otros héroes; «donde ellos estén, dijo, quiero estar yo; ese y no otro será para mí el cielo.» «Hágase segun su deseo,» dijeron los dioses y llamaron á un mensajero ordenándole que condujese á Yudishtira á donde estaban los suyos. El camino que

tomaron se fué haciendo á cada paso mas tétrico; la atmósfera que respiraban estaba cargada de emanaciones hediondas; en todas partes había charcos de limo pestilente formado de sangre y carne en putrefacción mezcladas con puñados de pelos, y toda esta podredumbre estaba cubierta de moho y otras vegetaciones asquerosas; el aire estaba lleno de los insectos que se crían en la carne muerta, de que allí estaba sembrado el suelo y en la cual se cebaban buitres, cuervos, aves nocturnas, gusanos y otras sabandijas repugnantes; aquí y allá se levantaban chisporroteando llamaradas rojas y cuerpos humanos abiertos en canal, suspendidos por los pies, bamboleaban como movidos por un huracán. El hedor y la vista de tanta corrupción y podredumbre se iban haciendo inaguantables cuando el guía y Yudishtira, que iba muy pensativo, pasaron una corriente de un líquido hirviente y despues entraron en un bosque cuyo follaje formaban hojas de cuchillos cortantes; plantas espinosas azotaban á los que en la tierra habían sido malvados; otros criminales sufrían indecibles tormentos en aceite hirviente. Al fin Yudishtira horrorizado dijo al guía: «¿A qué lugar nos dirigimos por este camino? ¿Dónde están mis hermanos? y ¿qué lugar es éste para dioses?» «Este es tu camino,» contestó el otro, «pero tengo orden de volver atrás cuando te parezca bien.» «¡Volvamos,» dijo Yudishtira, no pudiendo aguantar mas aquella pestilencia; pero al ir á emprender su regreso oyó en todo su rededor voces lastimeras que le suplicaban que no abandonara aquel sitio, diciendo: «¡Oh rey justo, detente un momento mas; tu proximidad mitiga nuestros padecimientos terribles!» «¡Ay de mí!» exclamó Yudishtira al oír aquellas voces desmayadas, que le parecían conocidas sin que pudiese acertar de quiénes eran; «¡ay de mí! ¿quiénes sois y por qué estais aquí?» «Soy Kar-na, soy Bhima, Arxuna, Nakula, Sahadeva, Draupadi,» le contestaron otras tantas voces, llenando el corazón de Yudishtira de amargura. Entonces no pudo menos de exclamar: «¿Duermo ó estoy despierto? ¿Sucede todo al revés de lo que me han enseñado, de lo que he creído y he practicado siempre? ¿Qué han hecho estos justos para que padezcan aquí tormentos, y por qué buenas acciones ha merecido Duryodana, á pesar del mal que ha hecho con sus compañeros, disfrutar de todas las magnificencias celestes? ¡Vé,—dijo dirigiéndose á su guía,—vé y dí á los que te han enviado que no volveré atrás y me quedaré aquí, puesto que mi proximidad es un alivio para mis hermanos!»

Fuése el guía, y al poco rato empezó á hacerse luz en aquellos sitios y aparecieron Indra, Yama, el juez llamado en esta calidad Dharma, y los demás dioses, y al instante se despejó el ambiente, desaparecieron las emanaciones pestilentes, el bosque con sus hojas de cuchillo, el Vaitarani ó rio hirviente del infierno, las calderas de aceite hirviente, los peñascos candentes, y en fin, todos los horrores. Todo apareció transformado y poco á poco quedaron allí reunidos los habitantes todos de las mansiones celestes. Entonces dirigióse Indra con inefable bondad á Yudishtira, transfigurado súbitamente. «Tuyas, le dijo el dios, son para siempre estas mansiones de bienaventuranza; desecha tu rencor y escucha: es preciso que los reyes, los buenos y los malos, vean el infierno; tú lo has visto por una ficción, pero por medio de una ficción venciste también á Drona, haciéndole creer que su hijo había muerto. Hoy mismo verás á tus hermanos y á Draupadi que están ya rescatados del infierno, como también los demás que han sucumbido en la guerra, y verás también á Kar-na encumbrado al puesto mas resplandeciente. Has probado primero penalidades, y por lo mismo será en adelante perdurable tu felicidad, porque mas brillante es el reino que te has conquistado con tu piedad, que todos los reinos que conquistaste con las armas.» Finalmente le dijo que tan

luego como se hubiera sumergido en las aguas purificadoras del Ganges celeste, quedaria libre de todo lo que conservaba todavia de terrenal y no sentiria ya ni penas, ni fatiga, ni enemistad. Acercóse tambien Dharma, el juez (Yama), á Yudishtira y le dijo: «Regocijado estoy, hijo mio, de tu fidelidad, firmeza, constancia y abnegacion. Esta última prueba es la tercera á que te he sometido y de que has salido sin desmentir tu carácter: primero en la selva de Dvaitavana, despues cuando te acompañé á tí, á tus hermanos y á Draupadi en forma de perro y no me abandonaste, y ahora haciéndote buscar á los tuyos en los horrores del infierno. Te has mostrado perfecto y digno de una dicha perdurable. Sabe, pues, que todo fué una ficcion dispuesta por Indra; tus hermanos



Sanchi

(de una pilastra de la puerta del Norte).

y Draupadi están en la gloria, pero fué menester que conocieras el infierno. Ahora verás á los tuyos.» Dicho esto, todos regresaron á las mansiones celestes; Yudishtira se sumergió en las aguas purificadoras y salió transfigurado y libre de todo lo terrenal. Dharma (Yama) le condujo á donde estaban los suyos, á quienes encontró resplandecientes de purísima luz como él y gozando de inefable dicha; Crishna y Arxuna en compañía de las doce divinidades Aditya; Bhima al lado de Vayu, y Nakula y Sahadeva junto á los gemelos Açvin. Draupadi estaba transformada en diosa de la hermosura (Sri), siempre lo habia sido, pero Rùdra (Siva) la habia obligado á encarnarse en la familia de Draupada. Los hijos que tuvo en aquella su vida terrenal con los hermanos Pandu eran gandarvas. Despues de estos, enseñóle Indra á los que en la tierra se llamaron Dritarashtra, Satyaki, Abhimanyu, á Pandu con sus dos esposas Pritha y Madri, progenitores de los cinco hermanos; á Bhishma, Drona y luego á todos los adalides á quienes habia conocido en vida y que por sus actos se habian mostrado dignos del cielo, todos transfigurados.

Finalmente dice Vaisampayana, que figura como narrador

en el poema, que le es imposible citar á todos los personajes uno á uno y solo puede decir que todos, concluida su carrera terrestre, habian vuelto ó debian volver á ser cada uno lo que habia sido antes de encarnarse en la tierra. Así vió Yudishtira á Bhishma siendo Vasu, la divinidad octava de la region superior; á Crishna siendo Vishnu, á Drona siendo Brihaspati, la fuerza de la oracion, la divinidad mediadora entre los mortales devotos y los dioses y protectora de los creyentes contra los infieles. Las 16,000 mujeres de Crishna volvieron á ser lo que fueron antes de nacer en la tierra, es decir, apsaras; Duryodana habia vuelto á ser *raxasa* ó gigante, y así todos.

Con esto queda concluida la historia de los Kuru y los Pandu. El rey Shanameshaya, á quien la contó el brahman Vaisampayana, quedó asombrado y satisfecho y dejó que el narrador regresara á su residencia usual de Taxasila.

El final de este libro 18 es una apología tan difusa como exuberante de toda la obra y promete inmensa dicha al lector ú oyente que crea todo ó sola una parte de las doctrinas que contiene.

Este último libro nos revela que en el espíritu del pueblo se habia desarrollado ya en tan lejana época, uno ó dos siglos antes de nuestra era cuando menos, la idea de una justicia eterna, de la recompensa de los que cumplen con sus deberes y del castigo de los malos. «Ancha es la puerta del infierno, dice un pasaje del citado libro, pero estrecha la del cielo; tan estrecha que el hombre en su ceguedad no la vé.» No es menos sorprendente la idea de que no hay hombre en la tierra que no peque y no merezca, siquiera por lo poco que haya delinquido, probar los horrores del infierno, como Yudishtira por el ardid ilícito que habia empleado para vencer á Drona. Son tambien notables el pensamiento de que el malvado, por lo poco bueno que hubiese hecho en la tierra, debia probar primero una parte de las delicias del cielo y despues recibir el castigo de sus maldades; la idea de la inmersión en las aguas purificadoras de un Ganges celeste, y finalmente la revelada como un gran secreto de que despues de esta vida terrenal, que solo representa para cada persona una encarnación temporal, cada uno vuelve á ser el espíritu de lo que fué antes de hacerse mortal, en lo cual consiste, segun el mismo libro, la bienaventuranza eterna.

El único vástago que sobrevivió de las dos familias reales fué Parixito, que dió origen á una nueva dinastía bajo la cual dicen los autores antiguos reinaron la paz, la abundancia y la dicha. Pero los que en realidad reinaron desde entonces fueron los sacerdotes, los brahmanes, que al fin consiguieron sobreponerse á la raza guerrera y noble así como á los príncipes y reyes. Esta era de paz y de felicidad, celebrada por los poetas, representa tambien una escultura en el templo de Sanchi; en ella vemos á los elefantes de Indra sacar con sus trompas agua de Patala, la ciudad subterránea de las serpientes, para elevarla á las nubes y hacerla caer luego sobre la tierra sedienta ó dar origen á una fuente. Los poetas y es cultores soñaban en la llegada de una edad de oro.

## PARTE TERCERA

### ÉPOCA BRAHMÁNICA ANTIGUA

#### LOS INDIOS ARYAS EN LA INDIA ORIENTAL Y MERIDIONAL

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### LOS BRAHMANES Y EL CULTO DE BRAHMA

La guerra entre los chatriyas ó nobles guerreros habia cesado y profunda paz reinaba en todo el país, que en lucha feroz y fratricida habia perdido sus mejores reyes y guerreros; pero, en cambio, se apoderó de la dirección del pueblo arya-indio la clase sacerdotal, que detuvo el desarrollo de aquel pueblo, encerrándolo en los límites de un angosto y férreo molde. Constituyeron este nuevo poder los descendientes y sucesores de aquellos sabios cantores de himnos, los cuales, á falta de númen poético, se encargaron de la conservación de los antiguos himnos y tradiciones religiosas y heróicas. Los cantores fervorosos habíanse transformado en sacerdotes, que en sus escuelas, y por medio de sus discípulos, cultivaban, fomentaban, dirigían y organizaban el movimiento religioso ferviente y natural del pueblo arya-indio.

Puede admitirse que en la colección mas antigua de himnos ó sea en los Vedas, mas de la mitad está retocado, cambiado ó añadido por sacerdotes brahmanes de épocas muchísimo mas modernas. Así lo demuestran no solo el idioma y ciertos giros y vocablos, sino tambien el contenido de los himnos cuando mencionan ritos ya reglamentados por los sacerdotes encargados de los sacrificios y prácticos en la observancia minuciosa de estos ritos. En estas partes modernas reina un espíritu enteramente diferente de las antiguas: no es ya la explosión ingénua del sentimiento religioso libre, sin trabas doctrinales ni dogmáticas, sino el espíritu de escuela, que codifica, colecciona, comenta y se levanta erguido sobre el sentimiento natural é ingénuo.

El padre espiritual de los brahmanes y del brahmanismo es Brihaspati ó Brahmanaspati, el espíritu de la oración, el mediador entre los mortales devotos y piadosos y la divinidad.

En la época védica dirigíanse oraciones en forma de himnos á cualquiera divinidad, bien que especialmente á la del fuego, ó sea á Agni; pero como ya hemos dicho, en la parte de los himnos que contiene adiciones y retoques, debidos á brahmanes de épocas mas modernas, aparece ya la oración, ó mejor dicho, su fuerza divina, como una divinidad, cualidad que solo podia atribuirse á la oración cuando el brahmanismo estaba ya pujante.

Brahmanes, ó sean hombres dedicados á la oración y al mismo tiempo inteligentes en las cosas divinas, en los ritos sagrados, poetas religiosos y, por lo mismo, sacerdotes ó naturalmente llamados á dirigir los actos y las fiestas religiosas, existían ya en los tiempos mas antiguos, y hasta se transmitían

sus conocimientos y carácter en sus familias; pero si personalmente gozaban del respeto y veneración de los demás, no formaban corporación ni dejaban de ser súbditos de su rey ó príncipe, y como tales tomaban una parte activa en las guerras y hasta eran maestros en el manejo de las armas, cuando no preferían vivir lejos del mundo, en las solitarias selvas ó asperezas del Himalaya. La piadosa veneración que el pueblo arya-indio en general profesaba á estos sabios y santones y el casi total exterminio de las familias reales unido á la soberbia de muchos de estos sabios, hicieron que aprovecharan las ocasiones de imponerse á todas las clases de su pueblo y de absorber las funciones sacerdotales. Ellos monopolizaron el culto, la enseñanza de la doctrina, el uso de la lengua en que estaban compuestos y despues escritos los himnos y las tradiciones heróicas antiguas. La lengua védica fué de este modo adquiriendo la calificación de sagrada á medida que los dialectos populares adquirían predominio y autoridad en las relaciones de la vida política y laica. Esta lengua y aquella ciencia de las cosas divinas, la veneración y el respeto del pueblo crearon una valla entre él y los brahmanes, que condujo fatalmente á constituir con el tiempo á estos en una casta privilegiada y ambiciosa. Los brahmanes supieron aprovechar admirablemente todas las coyunturas favorables, como las guerras intestinas y la destrucción de las familias reales, para constituirse en poder teocrático indestructible, para desempeñar exclusivamente desde el cargo de purohita al de ministro principal y para formar, al fin, aquella casta orgullosa y dominadora sin rival en la historia de las naciones.

Ya al concluir la época védica vemos que se recomienda á los príncipes y reyes que tengan en su casa un purohita ó sacerdote doméstico, y que mientras poetas nobles como Visvamitra componen todavia himnos, principalmente en honor de Agni, de Indra y acaso de todas las divinidades en general como destructoras de enemigos, los cantores sagrados, los que se dedican al estudio de las cosas divinas, á las oraciones y á la dirección de los sacrificios, como Vasishta y los varones de su familia, ensalzan con preferencia al dios Varuna, el dios mas misterioso, juez y vengador, conservador severo de las tradiciones y usos sagrados. En la parte relativamente mas moderna de los Vedas, por ejemplo en el Atarva-Veda se dice ya que los dioses rechazan los sacrificios del rey que los ofrece por su mano sin encargar este acto á un purohita, y en cambio se afirma que los príncipes que tienen á su servicio un purohita brahman, «que vela sobre su reino,» gozarán de larga vida, de poderío siempre creciente, serán obedecidos y acatados sin esfuerzo por sus súbditos y vencerán y exterminarán á sus enemigos.